

TRES POLÉMICAS LITERARIAS

LA POLÉMICA como género literario no ha logrado desprenderse en nuestro país de los vicios, quizá originales, de una formación (o deformación) típicamente demagógica. Se ha buscado siempre causar el mayor daño posible al adversario, entendiendo por tal a la persona y no a la posición intelectual de la misma. Se le han detallado, o inventado, vicios, implicaciones; se ha invalidado su inteligencia o su moral; se ha trazado, con evidente acopio de sombras, su genealogía. Nunca se ha discutido lo que importa: el método, el enfoque del problema, las conclusiones. Nunca se ha atacado la substancia misma de la polémica.

Estas comprobaciones resultan triviales hoy; lo eran, también, hace cuarenta o cincuenta años. Dos de las tres polémicas literarias que exhumamos se inician, se dilatan y concluyen en el ataque personal. La tercera, aparente excepción confirmatoria, no condesciende a la injuria porque se limita a presentar —no a fundamentar— distintas valoraciones de un mismo tema.

Creemos que la exhumación de estos textos puede contribuir al mejor conocimiento de las relaciones personales que existieron entre los escritores del Novecientos.

1

ROBERTO DE LAS CARRERAS
ALVARO ARMANDO VASSEUR *

I

Siluetas de Open-door
Un "raté"

De entre sus congéneres uruguayos, éste es, acaso, la expresión más acabada del raté literario, que por las circunstancias del medio en que actúa, se ostenta, para singularizarse, y por chifladura hereditaria, con una teatralidad alcibiadesca, elevada hasta el famoso paso que hay más allá de lo sublime...

En el fondo, e intelectualmente, es un pobre diablo parasitario, tomador de viento, cuya cerebración morbosa vegeta en perpetuos disparatares de imaginación. Para imponerse a la admiración de los tontos y de las damiselas románticas, se ha ido forjando poco a poco una vaga gloriola de matón de academia.

* Los textos son suficientemente explícitos. Parece necesario señalar, sin embargo, que al artículo de de las Carreras debió replicar uno de su contrincante. Pero la prensa no lo quiso publicar y su autor se vió obligado a imprimirlo en un Folleto de Ultratumba para hombres solos [Montevideo, 1901], en el que recogía su versión de la polémica y devolvía (o multiplicaba) injuria por injuria. Asimismo, corresponde señalar que esta polémica tuvo para de las Carreras vistosas derivaciones. Como consecuencia de un suelto publicado en *El Deber* (11/VI/901) y en donde se elogiaba la página de *Esfumino* porque revela (...) un desprecio absoluto de las falsas fórmulas y un alto espíritu de justicia raro en nuestros tiempos de "bombo mutuo", de las Carreras envió sus padrinos (Arturo Pozzili y Florencio Sánchez) al autor del suelto, D. Mariano Pereira Núñez (hijo). No hubo duelo, sin embargo, ya que se pudo establecer que de los ataques personales para nada se había ocupado el señor Pereira Núñez; y en cuanto a los juicios literarios, les había dispensado un aplauso por la independencia de criterio que demostraban, y por la creencia de que se emprendía con ellos una campaña de crítica estética, sin intención personal de ninguna clase. (Véase *El Día*, 13/VI/901.)

Al día siguiente, en otro diario (*El País*, 14/VI/901) se censuró, sin dar nombres y en un editorial titulado *Por el honor de la prensa*, el tono personal de la polémica, señalándose que tales proceder, son más ofensivos todavía para la sociedad a quien se supone capaz de leer los procaces rebuscamientos del confeccionador de insultos y de tomarlos en cuenta, que al mismo a quien se pretende herir, desdoran más que al groseramente calificado, al torpe calificador que apela a las rudezas de la palabra en vez de inspirarse, si vió atacado su nombre y fama, en las altiveces de honrada conciencia y en las serenidades de razón equilibrio. Tal publicación dió pretexto a de las Carreras para desafiar a su autor, D. Lorenzo W. Cheroni. Por su parte, los padrinos

En pequeño, y guardando las distancias, es una suerte de Hamlet o de René, injertado en cepa criolla, frenético y moralmente pusilánime, tan incapaz de lógicas perseverancias cotidianas como de largos esfuerzos tendentes a cualquier especie de equidad, de dignificación y de superior idealidad.

Es un unilateral, dentro de la insignificancia de su intelecto. Simboliza a las mil maravillas el tipo esencialmente moderno, que florece entre la juventud desorientada de la época, enferma de letra impresa, de retórica y de degeneración. Ser extraño a la realidad, que vive en las antípodas de sí mismo, sin la conciencia real del mundo, de la vida, de la sociedad y del ambiente en que se desarrolla petulante e histriónico y tonto de solemnidad.

Tipo de intelectualoide, pervertido por algunas malas lecturas indigeridas, que suele eructar, algunas veces en folletos que ni siquiera llegan a la mediocridad. Tipo afinado por el ensueño viciado por el ocio, corroído por la vanidad, todo rubio de egolatría y siempre mecido por prolíficos sueños de autograndezas.

Ha viajado sin ver, como tanto imbécil que anda por ahí, en son de civilizado. De sus excursiones no ha traído más cosechas que algunos recuerdos mal hilvanados por la garrapata de su snobismo.

del desafiado (doctores Duvimoso Terra y Andrés Lerena) le aseguraron: a nuestro juicio el suelto referido no da base para la gestión del señor de las Carreras, por lo mismo que es de carácter francamente doctrinario, sin alusión a persona determinada y, en consecuencia creemos que usted no está obligado en su calidad de caballero pundonoroso, que nos complacemos en reconocerle, a aceptar el lance de nuestra referencia. (Véase El País, 15/VI/901.)

Roberto de las Carreras no aceptó tal solución y desde El Día (16/VI/901) cubrió de insultos a Cheroni y a sus padrinos, a lo que replicó el agredido con la publicación, en El País (18/VI/901) de un escrito presentado el día anterior ante el Juez Letrado Correccional solicitando que se proceda a un examen médico de Roberto de las Carreras, a fin de averiguar si este individuo se halla o no en el ejercicio pleno de sus facultades mentales. (En el mismo número del diario apareció un editorial que, bajo el título Por el honor de la prensa, censuraba a toda hoja de publicidad que admite el libelo infamatorio y lo hace así posible.) De las Carreras optó, entonces, por la acción personal. De tal episodio recogemos la versión publicada en El Día (19/VI/901). Dice la crónica: El señor de las Carreras, (...) se dirigió a la imprenta de "El País" y mandó pedir al señor Cheroni, por intermedio de un amigo, que saliese a la calle que tenía necesidad de hablarle. El señor Cheroni contestó que saldría dentro de un momento. Como la espera se hiciese un poco larga, el señor de las Carreras volvió a insistir. Pocos momentos después el señor Cheroni apareció en la calle acompañado de un empleado de la Policía de Investigaciones. Cuando el señor de las Carreras se dirigió al señor Cheroni, el pesquisante le dió la voz de preso y le pidió que lo acompañara a la jefatura. El señor Roberto de las Carreras fué puesto en libertad algunas horas después, previo pago de multa. El señor de las Carreras manifestó a un reporter de "El Diario" que contestaría al escrito presentado por el señor Cheroni al Juez Correccional (...) con otro escrito que concluirá pidiendo que se mande reconocer a su demandante por personas competentes para presentarle sus excusas en el caso de que no resulte hombre. Aquí concluyen las publicaciones.

Su sensibilidad es exagerada como la de un andrógino de decadencia. Nadie será jamás su amigo sino a condición de considerarlo un genio y de lustrarle mil veces por ahora las botas de cien leguas de su amor propio.

Cuando pasa por esas calles de Dios, con algunos de sus raros adlaterillos, parece que caminara abrumado bajo el fardo tremendo de su gloria. Si saluda lo hace como quien brinda un tesoro; pero por lo general no saluda. Pasa fiero, en su altivez de "hombre de letras", cuyo nombre anda por ahí en las vidrieras de las librerías, donde entre paréntesis, nunca entra nadie a comprar las tonterías ultra violetas de sus folletos.

Como muchos otros de su tierra, él también, está atacado por lo que Groussac llama el "furor de la chapucería" que es el afán de gentes chicas por hacer obras grandes. También, como ellos, padece la enfermedad latina de una mala educación. Es brusco y cruel; cuando sin querer algunos de sus íntimos se le muestra irreverente, él suele tener frases como éstas: *Eres de un refinado mal gusto; Te ruego que me perdones mi superioridad, etc.*

No obstante no es del todo insignificante; si lo fuera, no nos ocuparíamos de él. Tiene un lado bueno. Es artista a medias; el fuego del arte llamea larvalmente en su cerebro. De cuando en cuando una imagen feliz, aunque con olor a plagio, tiembla bajo su pluma o brota de sus labios.

La frecuencia literaria ha complicado su neurosis y refinado la incoherencia impotente de sus pensamientos. No es de extrañarse pues, que sepa hacer algunas frases discretas donde a las veces, palpita, la tentativa de un estilo modernizante, con sus ribetes de "galicismo integral".

Confesamos que esta silueta la hacemos con cierta indulgencia paternal. Es que el tipo en cuestión, es suficientemente interesante como caso de clínica patológica; vaya pues la bondad por amor a la ciencia.

Por lo demás, ya pasarán por esta sección otros tipos más grotescos y solemnes. Tiempo tenemos por delante para ser veraces hasta la llaga-viva, para hundir el escalpelo hasta en la carne sana.

Hoy, nos concretaremos a esbozar a grandes rasgos psicológicos, esta *ánimula blándula vágula* que como la del poeta desearíamos que un día Dios la cogiera en su seno como en un hospital.

Él, profesa en alto grado el culto nacional del coraje "pour la galerie". Como Dorian Gray, el amado de Oscar Wilde, él daría todo, hasta su vida, por la celebridad. Es lo que Valera refiriéndose al chico y pedantesco Gómez Carrillo, llama "un loco lindo". Éste, como aquél, tiene la vanidad cósmica y la maledicencia fe-

menil. Cuando habla, hace reír por sus aires de infalible, lo mismo que cuando critica en orden a un criterio, que según parece misia Naturaleza mandó hacer expresa y especialmente para él.

Ha escrito versos pornográficos que de tales no tienen más que la apariencia; ha escrito prosas escatológicas que de tales no tienen más que la pueril intención.

De todos sus esfuerzos intelectuales no ha brotado jamás ni una armonía serena, ni un impulso fecundo, ni una belleza plausible, ni una página vital.

Como el de la silueta anterior, aunque sin su noble autoridad, éste también pasará por la vida sin comprenderla, sin pensarla, por obra y gracia de una herencia psico-fisiológica fatal.

A sus compatriotas en general los considera como a seres de una especie inferior. Para él nadie vale nada, salvo los que le admiran y por esa sola razón.

Adulado por uno que otro párvulo de su calaña, él, cree sinceramente existir, en el sentido intelectual de la palabra.

Más aún; se cree un crítico de fuste; el desdichado cree tener "sprit"; ¿se habrá visto mayor ingenuidad?

¡Sí! se cree un crítico terrible; ha dicho por ahí que su ironía es insuperable y que lo que él dice consagra y queda. ¡Pobre diablo!

De ahí, a creerse un Dios y a adorarse como tal, hay poco trecho. Sólo se necesita afiliarse a alguna comandita de bombos mutuos y asumir por norma de inteligencia, un perpetuo desdén por todo colega nacional.

¡Ah! bien claro está que todo eso no es más que el resultado del propio fracaso intelectual. Eso, hiede a despecho, a envidia, a impotencia, a maldad. Estos sentimientos son la contraseña legítima del "raté", es decir del fracasado, del que pretendió mucho y no logró nada, del que se presentó en la palestra de la ambición enjaezado con los programas más grandiosos, con los ideales más ideales y los proyectos más sublimes, y a poco andar dejó ver bajo las mentidas gualdrapas, la osatura seca, el esqueleto enclenque, y en lugar de la carnación sonrosada, la matadura feroz...

Él, no comprende que el hecho de despreciar por sistema, de ningún modo significa superioridad.

Decir que los demás son malos no es probar que uno es bueno; decir que los demás son mediocres no es probar que uno es mejor.

Pero él cree que sí: además a él le basta su opinión; de las almas ajenas no consiente más que los homenajes y éstos para justos han de ser incondicionales en razón de su excepción personal.

Por lo demás, como degenerado de primer orden, desdeña la moralidad. Para él, la moral, es ridícula; tiene gusto a barbarie; sólo sirve para la estúpida humanidad.

Él, abusa de ella. De hecho, de palabra y de pluma. Y en esto también se revela "raté".

Él afirma cínicamente, como cualquier Diógenes de suburbio, que la moral es un asunto de hipocresía y que como tal no es digna del acatamiento de un hombre superior como él. Y en esto también se revela "raté".

Mas como no es tres veces degenerado, él cree simplemente tener razón, y para sostenerla escribe sueños sobre sueños y afrodisías sobre afrodisías.

En resumen, él no tiene mayormente la culpa de lo que es. Culparle su degeneración sería tan ridículo como culpar a un bacterio su infecciosidad, o a un áspid su condición de tal.

El pobre, aunque no lo sepa o no lo crea, está condenado a ser lo que es para siempre, hasta que se lo lleve Mandinga.

De él, será inútil esperar ni una gota de justicia, ni un adarme de ecuanimidad. Ser, entre instintivo y pasional, más o menos semi-consciente e impulsivo, yacerá hundido como hasta hoy en la vida inferior de la emoción. Jamás el contenido de su conciencia se enriquecerá con ninguna noble verdad, con ningún estado realmente equitativo, con ninguna virtud intelectual.

Si algún día llega a tener ideas, esas ideas serán del color de sus pasiones; vegetarán a la sombra de sus sentimientos, como satélites menores discurriendo en la órbita menor de sus prejuicios, entre las centelleantes constelaciones de vanidades y de impotencia de su alma.

Pedancio eterno, de pie sobre el famoso paso más allá de lo sublime, vivirá siempre intoxicado de soberbia bajo los diez mil alfilerazos de su neurosis mental.

Para él todo talento nuevo, toda grandeza naciente, toda reputación en auge, serán objeto de escándalo, motivo de tormento, raíz de indignación. Porque un "raté" es imposible que perdone a nadie que obtenga lo que él no pudo lograr, ni que sea lo que él no pudo ser. Porque lo que el "raté" quiere para consuelo de su impotencia es que todos resulten "ratés"; más aún, lo que el "raté" desea es que los demás sean peores que él, por aquello de que para él más vale ser primero entre los últimos que último entre los primeros, o mejor, que él prefriere ser entre otros cabeza de burro que cola de cisne o de león.

Tal, es en parte, este bacterio literario, fracasado para siempre jamás; bacterio, que por otro lado, si es que en verdad aun tiene

esperanzas y ambición, tendría todavía que estudiar largo y tendido para llegar algún día, quizá, a ser una modesta mediocridad.

Esfumino [Alvaro Armando Vasseur].

(EL TIEMPO, año I, Nº 16, Montevideo, junio 10 de 1901, pág. 1, cols. 6 y 7.)

II

Personal

"Explicación de una silueta"

"Acta en un acto"

"Armandito Vasseur"

"(Esfumino)"

"Armandito Vasseur a quien todos conocen en Buenos Aires por los deliciosos epítetos de *Ovejita*, *Cachila*, *Ovejita loca* (Florencio Sánchez), *Sulamita*, y a quien todos se permiten en aquella ciudad palmearle mimosamente las caderas y darle besitos en las mejillas; Armandito Vasseur, una síntesis de tilinguería, un tonto célebre, un arquetipo de la estulticia, un ingenuo, un pobrecito hablador, un *bebé* literario, un *biscuit*, un paraninfo, un alienado inferior, "un vate", un guaranguito de extramuros, un palurdo, autor de estafas, un mandria, un ex-despachante de un almacén de bebidas de la calle Agraciada, que ha pretendido echarla de bastardo adulterino fingiéndose hijo del vizconde de Lautremont, [sic] y acusando a su madre de un delito que se halla fuera de la jurisdicción de las villanas; un titiritero de la gacetilla, arrojado de "El Tiempo" por inepto, echado a patadas de "El Mercurio de América", de quien se ríen en Buenos Aires las mujeres, en su propia cara, aludiendo picarescamente a su falta de sexo; un pordiosero del amor, desairado una y mil veces por una señorita de Montevideo a quien ha dedicado versos revulsivos: ejemplo, los desechados en el concurso que hubo de ser, y que acusan en su autor un microcéfalo indigno; andrajo fisiológico, lisiado por bajos erotismos, molusco plebeyo, sietemesino ridículo, producto miserable de la inercia matrimonial, en cuya fisonomía *hébete* está inscripto el bostezo trivial con que fué engendrado; abrumado por una herencia patológica de tarambanismo, en el último grado de la tuberculosis intelectual, modelo de raquitismo, príncipe de los granujas, estólido palafrenero, efebó inmigrante, que

ha llegado de Buenos Aires corrido por el manoseo de ironía que le prodigaron hasta saciarse, hasta hacerlo llorar, Rubén Darío, el titeador de Rodó; Lugones, Fray Mocho, Ezcurra, Jaimes Freyre, Oliver, Ugarte, Estrada, Geraldo, Ingenieros, Arreguine, Naón, Ortiz, Noé, Berisso, Goycochea Menéndez, Payró, Tiberio, Riu, Sumay, etc., —acribillado de risa en el Rosario y en La Plata, pateado, golpeado, insultado, ultrajado hasta por los tipógrafos de las imprentas de Buenos Aires; secretario *cafften* de Payró, camarero de Rubén Darío, cuyo ridículo en Buenos Aires corre de mano en mano y es tan familiar como cualquier monumento público;— Armandito Vasseur, ha tenido la inconsciente osadía de provocarme.

Este heretista cobarde, este despechado viscoso, este sucio, al borrar la silueta con que me ha querido aludir, ha obedecido a la hidrofobia que le causó el desdén, la sonrisa de piedad que le he dejado ver en varias ocasiones. No puede pedirse mayor elogio de mi ironía, de mi superioridad sobre esta genticilla de grafómanos asalariados y testafellos, de estos rufianes del periodismo, que la cólera desentonada de Armandito. Su rabieta de niño, sus espumarajos de damisela desairada, me han llenado de satisfacción.

Quiero hacer constar que este femenino es de una cobardía inverosímil, y que su audacia tiene por explicación que él jamás pensó en responsabilizarse; prueba de ello el seudónimo con que se ha ocultado y la respuesta dada a mis padrinos los señores Julio Herrera y Reissig y Juan Picón Olaondo por sus representantes, dos mensajeros de paz elegidos en lo más conspicuo del partido católico por el arzobispo Soler.

He aquí el acta:

En Montevideo, a doce de junio de 1901, siendo las 6 y 15 p.m., reunidos los señores doctor José H. Espalter y Juan B. Schiaffino, como representantes del señor Alvaro Armando Vasseur y los Sres. Julio Herrera y Reissig y Juan Picón Olaondo como representantes del señor Roberto de las Carreras, después de canjeados sus respectivos poderes, los señores representantes del señor Roberto de las Carreras, manifestaron:

Que consideraban gravemente ofendido a su ahijado, por parte del señor Vasseur, en la silueta aparecida en "El Tiempo" con fecha 10 del corriente, y que por lo tanto exigían una plenísima retractación por parte del señor Vasseur, de los conceptos injuriosos contenidos en dicha silueta, o en su defecto una inmediata reparación por las armas.

Los representantes del señor Vasseur manifestaron, que a su juicio caben bastantes dudas respecto del carácter injurioso de los conceptos contenidos en el artículo de que se ha hecho mención, a los efectos de determinar un lance de honor, por cuanto, el mencio-

nado artículo, inviste un carácter pura y exclusivamente de agresión a la personalidad literaria del señor Carreras; que supuestas estas dudas, juzgan que sería del caso la designación de un tribunal de honor encargado de resolver sobre si los conceptos del artículo motivo de este incidente deben originar un caso de duelo.

Expusieron los representantes del señor Roberto de las Carreras, que la silueta del señor Vasseur es ostensiblemente injuriosa y agresiva, de carácter absolutamente personal, sin el menor viso de censura literaria; y que por lo tanto exigían enérgicamente y a la mayor brevedad, una reparación por las armas, replicando a los representantes del señor Vasseur, que estaba en la conciencia pública la grotesca agresión del señor Vasseur, y en ese concepto no aceptaban la designación de ningún arbitraje, por considerarlo obvio y ridículo.

Agregaron que estaban convencidos de la absoluta carencia de buena fe de criterio que asiste a los señores representantes del señor Vasseur al excusar a éste de la agresión personal contenida en la silueta. Y por último declararon que el criterio equivoco de los señores representantes del señor Vasseur implica una evasiva sin honor por parte del ahijado de los señores Espalter y Schiaffino.

Los señores representantes del señor Vasseur expusieron que al proponer el arbitraje proceden por inspiración propia juzgando que es la manera discreta de dirimir la cuestión previa de si hay o no lugar a duelo, duelo a que iría el señor Vasseur si hubiera lugar a ello: que juzgan ligero el juicio de los señores representantes del señor Carreras sobre su conducta y la de su ahijado a quien consideran un caballero.

En este estado dieron por terminada la misión que se les confirió por parte de sus respectivos representantes.—*Julio Herrera y Reissig, Juan Picón Olaondo; Juan B. Schiaffino, José Espalter.*

Roberto de las Carreras.

(EL DÍA, 2ª época, año XI, Nº 3513, Montevideo, junio 13 de 1901, pág. 1, col. 8 y pág. 2, col. 1.)

ROBERTO DE LAS CARRERAS JULIO HERRERA Y REISSIG *

I

Robo de un diamante

Señor Director de "La Tribuna Popular".— Afable señor: —El soñador Julio Herrera y Reissig se halla en erupción, como el Vesubio y el Tacoma. Se diría que la presentación de la mancha solar, signo cósmico, que según los sabios ha dado lugar a la pintoresca agitación de esos volcanes, ha obrado la misma fulguración sobre el poeta Reissig. En consecuencia, éste cubre la segunda página de *La Democracia* con un profuso derrame, del que ha tenido el buen acierto de darnos la clave, enterándonos de lo que él pretende quieren decir sus versos. [1]

Hace tiempo que yo soñaba con una clave en las obras de nuestros decadentes. El público no puede menos que sentirse grato al alivio que le proporciona Reissig al fin de su obra, velada como Isis, dolorosa de comprender como la Esfinge: parto del juicio.

* Aquí aparecen enfrentados dos de los aliados de la polémica anterior. Ahora no cuenta de las Carreras con la colaboración de Julio Herrera y Reissig —colaboración que, según éste insinúa en su Réplica, llegó a ser sustitución. Y el antagonismo parece tanto más violento cuanto fué ardiente la anterior amistad.

Quizá no sea del todo ocioso recordar —al margen de la polémica— que la imagen cuya propiedad reivindicaron tanto brío ambos poetas, descendiéste ilustramente de este verso de Quevedo (*Retrato de Lisi*):

Relámpagos de risa carmesies

Amado Alonso ha señalado la trasmisión de la imagen desde Quevedo, pasando por Bécquer, hasta Pablo Neruda, en su *Poesía y estilo de Pablo Neruda* (Buenos Aires, 1940, pp. 173-74). No hay en su estudio ninguna alusión a este pleito entre los líricos uruguayos que, seguramente, desconocía.

[1] Herrera y Reissig había publicado *La Vida en La Democracia* del 15 de abril de 1906. El poema iba precedido de la siguiente dedicatoria: *Al inagotable Carlos Roxlo, siempre inspirado, siempre joven, siempre Poeta, por cuyos versos de apasionada fluidez, que tienen sangre y nervios heridos, corre el ardor de los charrúas indómitos, y el melancólico rocío del amoroso sauce de Musset —dedica este Alto Poema Apocalíptico, uno de sus más grandes esfuerzos de pensamiento y de labor, trasunto filosófico de su vida espiritual, sudado en largas horas visionarias, a orillas del Flegetón. Su hermano olímpico. Algunas notas ilustraban el texto.*

El poema es prologado en la primera página, como se merece, por el celebrado colega de su autor, el poeta Lavagnini, el que se lamentaba de que habiendo sido abandonado por su novia, no le quedaba más que el cuerpo de Venus y de Afrodita, con los cuales se hubiera contentado cualquiera que no tuviera el gusto tan inaccesible como el acariciador de "La Vida".

Las llamas del Vesubio lamen, airosas, la techumbre del Cielo ante los favorecidos napolitanos, en cuyos ojos se refleja el incendio... Así en las retinas sonámbulas de los admiradores de Reissig luce el resplandor de las imágenes de "La Vida", hijas adoptivas de Lavagnini. En esa obra, que el mismo poeta no puede menos de reconocer alta, en la dedicatoria a Roxlo, confundido por el soñador con un pozo artesiano, llamado *inagotable*, a más del cumplimiento de revelar lo poeta, cosa esta última tan popular que es indigna de la clave, que el soñador confiesa haber *sudado* en largas horas visionarias, he tenido un encuentro emocionante, en medio de la confusión y el estruendo del cataclismo lírico, con una de mis más risueñas imágenes, algo desfigurada por las circunstancias, asustada, cubierta de impurezas, como que ha sido vomitada por un cráter.

Un no sé qué de vívido en sus ojos fundiéndose en el relámpago nevado de la sonrisa.

El poeta volcánico la arroja en esta forma:

Cuando al azar en que giro
Me insinuó la profetisa
El relámpago luz perla
Que decora su sonrisa!

Tal es la impurificación que la hija de mi fantasía ha sufrido en las entrañas plutónicas.

El relámpago de la dentadura no puede decorar la sonrisa, pues es la sonrisa misma. En cuanto a la "luz perla" es la lava que se ha pegado a la imagen.

Ahora bien, afable señor director: me veo en la más absoluta imposibilidad de ceder a Reissig la imagen que la casualidad me ha hecho encontrar en el arrebató magnífico de su erupción, a causa de que es sencillamente un diamante de la diadema sideral de la *Onda Azul*. Apoderarse de ella es como sustraer una piedra, menos preciosa, a la corona de Inglaterra y ponérsela en el dedo sobre el guante... como robar al cielo la estrella Sirio... ¡Es modesto Reissig!

¡Profanar a la *Onda* robándole una de sus preseas!...

Espero, señor director, que compartirá usted mi indignación. El sacrilegio impone que le sea cortada la mano al raptor...

Confío en su apoyo, en su ecuanimidad de usted, a fin de verme feliz y rápidamente reintegrado en la posesión del diamante tentación de Reissig, que me apuraré a colocar en el engarce de la corona de la *Onda*.

Con sonrisas.

Roberto de las Carreras.

(LA TRIBUNA POPULAR, año XXVII, Nº 9226, Montevideo, abril 18 de 1906, pág. 2, cols. 4 y 5.)

II

Réplica literaria

Nuestro distinguido compatriota y colaborador Julio Herrera y Reissig, una de las intelectualidades más robustas del país, nos dirige la carta que va en seguida, a cuya publicación accedemos gustosos:

Palabras del buen ladrón

Señor Director: Viborea ayer en *Tribuna* un exquisito chascurrillo en prosa puntiaguda del afortunado Amador y popular ironista Roberto de las Carreras, Sultán de Montevideo y dandy literario como Barbey.

Roberto, el "decadente del charco de París", como él se llama, el esfíngido, el ultra-violeta, el macabro neurasténico de última hora, el Vesubio del amor libre, el Tacoma de los erotismos especiosos, usando de su rico vocabulario, me llama en la persona de mi Poema, con iluso y risueño desparpajo: Esfinge, Hijo de Isis, visionario soñador, volcánico y paradójico, esto es, me condecora gratuitamente con todos sus atributos de naturaleza: ¡*Merci, Monsieur!* ¡*Mil fois merci!* Como antes me llamara en un enajenamiento de Santa Teresa: "Dios de la Torre", "Gran Julio", "Proteo genial", "Fenómeno de fecundidad", "Hermano mío por Byron", "Obsesión de Pecado", y "Pontífice del Placer"... Y el que en un tiempo, en horas aciagas, "en que el honor era oscuro", implorara febril y alicaído mi

absolución pontifical (véase *El Trabajo* de 1901) [2] con palatinas unciones y magníficas pirotecnias de Sofisma, aquel que requiriera —(exhausto por la derrota, chupado por el vampiro de la fatalidad en sus naufragios morales, enfermo, cálido del pensamiento)— mi salvavidas literario, esto es, páginas enteras que yo he cincelado y que él firmara, [3] ahora me vuelve graciosamente la espalda, da cuatro *pataitas* en el tintero, escupe por el colmillo alguna frase impertinente y se enoja con su Majestad ¿Y por qué se enoja mi buen Roberto?

1º Porque adoptando un temperamento racional, dada la índole de mi poema, aclaro para los filisteos, a la manera de Carducci y otros grandes poetas, algunos versos difusos a fin de evitar, como se comprende, interpretaciones caprichosas o meramente individuales.

Dante y Shakespeare, Aguilas del Símbolo, offician con su cauda de apéndices y comentarios, por no haber hecho la luz en los Báratos de sus enigmas.

Y así sucede con otros grandes escritores, a quienes cada crítico aplica el lente personal de su temperamento y de su casuística.

2º Porque llamo a Roxlo “siempre poeta”, es decir, Poeta en sus actos más triviales, Poeta en la prosaica política, Poeta en sus opúsculos de diario. (Roberto se hace el niño...)

3º Porque incienso a Roxlo como “inagotable” (bien por lo de pozo artesiano, ¡qué gracioso este Roberto y qué sutil! Ni Aristarco, ni Demócrito, ni Voltaire) esto es, porque llamo a Roxlo fecundo, radio-activo, potente y joven como el Sol.

Luego, después de hacernos reír tanto, que los labios se nos juntan con las orejas, el torito se arremolina, chispea y blande su testuz contra Lavagnini (¡esos celos, Sultán!... esos celitos literarios) a quien da como prologoista de mi Poema en *La Democracia* (mis laureles le quitan el sueño) siendo así que el buen Lavagnini me envió ese mismo día una cordialidad desde San Ramón, en donde se encontrara desde el Jueves Santo.

Ya no sabiendo qué decir Roberto, desarzonado de su Pegaso, furibundo ante mis éxitos y porque se me elogia en todas las pautas de los periódicos recurre a la mentira, manjar del diablo, según San Epifanio!...

(¿Y qué diría Roberto si me diese por publicar las felicitaciones que me han llovido?)

[2] Se alude aquí a la escandalosa carta que publicó Roberto de las Carreras en *El Trabajo* (8/X/901) y donde solicitaba de Julio Herrera la absolución suprema, como Pontífice del libertinaje, por haberse visto obligado a contraer matrimonio, traicionando sus comunes doctrinas libertarias.

[3] Julio Herrera parece aludir aquí a su intervención esencial en la polémica entre Roberto de las Carreras y Alvaro Armando Vasseur (1901).

¿De qué lúgubre enfermedad, de qué infección verde-amarilla será víctima, oh desdichado, cuando aparezcan las críticas sobre “La Vida”?

¡Fuera piedad silenciar!

Quedamos, pues, en que toda la primera parte del candoroso *J'accusse* de mi ex admirador ha sido pulverizada por una sonrisa y sin que haya sido esta vez original y mucho menos gracioso, a pesar de que Roberto tiene gracia.

Ataco ahora la segunda parte, es decir: “El Rapto del Diamante” del célebre *Le Sansy*, del plutónico Gran Mongol, del lucero cautivo de la Corona de Inglaterra, de la divina presea del Rajah Niapur; más aún, de la princesa Sirio, que ha hurtado mi mano sacrilega de la diadema azul del Esteta, a la manera que Prometeo el fuego Olímpico de los dioses:

Luis de Sajonia, que tantos
pobres, sentara a su mesa
no recogió hasta su huesa
sino envidia y desencantos,
entre sus muchos quebrantos,
se dice de un traficante
en quiebra, a quien Luis galante
le abriera una joyería,
el cual acusólo un día
de haberle hurtado un diamante!

Pues bien, —aparte del epigrama,— la verdadera historia del robo es ésta: Roberto conoció mi poema *La Vida* cuando aun él no soñaba en su *Onda Azul*. El borrador de mi poema se halla firmado y lacrado dentro de mi archivo, con fecha 1903, época en que lo recliné severamente para luego salubrificado y pujante, con todo el relieve de la perfección y el pulido molecular de los años, ofrecerlo a Roxlo, digno del Poema.

La *Onda Azul*, señorita literaria a quien no tengo el gusto de conocer, como tampoco he leído el *Canto a la Cavallieri* que devolví a su autor sin haberle desflorado siquiera, fué publicado en 1906, es decir tres años después de nacido el poema *La Vida*. [4] Son testigos de lo que afirmo: Andrés Demarchi, Illa Moreno, Minelli González, Aratta, López Rocha, los dos Miranda, Lerena Juanicó, Maturana, Brignole, Quiroga, Perotti, Barreto, Saldaña, de

[4] En un año se equivoca Herrera y Reissig. Ambos libros fueron publicados por la misma casa (Talleres gráficos de A. Barreiro y Ramos) en 1906. Por otra parte, los títulos originales son: *En onda azul...* y *Psalmos a Venus Cavallieri*.

Santiago, Asdrúbal Delgado, Cabrera, Medina Betancort, Barreda Montero, Soiza Reilly, Picón, de Santiago Maciel, Vicente Martínez, Ramasso, Guaglianone, Teodoro Herrera, Carlos Méndez, Vallejo, Cibils, Fernández Oca y tantos otros que frecuentaban "La Torre" y se deshacían en alabanzas fragorosas respecto al Poema.

El mismo Roberto, obsesión del Cenáculo, inquilino de "La Torre" (*inquilinus urbis Romae*, como Catylina) quedó petrificado de admiración y de sublime respeto, turboneando elocuentes hipérbolos de homenaje en una apertura solemne de brazos y de ojos. Y en verdad, culpo más a su retentiva prodigiosa, a su película reminiscente, que a una tentación de raptó lírico, aquello de que, —al revés de lo que él afirma,— dispusiera en su *Onda Azul* de esta originalísima piedra preciosa.

*El relámpago luz perla
que decora su sonrisa.*

De la misma manera tal vez sirvióse, con elegante familiaridad, como si fueran bombones, de muchos otros *solitarios* y *carbunclos* de mi gruta poética, pues, en todas sus escintilantes minutas literarias se hallan dispersos relámpagos petrificados, almas de luz de mi Zodíaco inspirado.

Y por pereza magnánime, mi dedo señalador de Fouquier Tinville no *planea* sobre el laberinto de sus páginas incordinadas, tristes enfermas de la derrota y de la orfandad!

No sólo *La Vida* sino diversas lucubraciones que me pertenecen, han sentido el desgarrón alevoso de manos ingratas, que antes me acariciaban y ahora me castigan...

Recuerdo que por aquella época, algunos de mis amigos, se apresuraron a hacerme notar el *plagio* o la infeliz coincidencia del "relámpago gris perla" con el "relámpago nevado", augurándome suspicaces lo que acaba de ocurrir, es decir, la aviesa acusación del raptor ante la víctima munificente, —y no pocos se alarmaron de muchos otros papagayos especiosos, o automatismos mediánicos de mi contrincante, que tenían su génesis efervescente en mi literatura opulenta, durante aquellas reuniones a diario del Cenáculo, en que —muezin abandonado a mi entusiasmo lírico y a mi ingenua honradez,— transparentaba en fogosos recitados mis oraciones inéditas, destinadas a ser pasto de los cuervos que hoy me devoran...

Tal es así, que no fueron una, sino dos, cinco y veinte las *milagrosas coincidencias* de imaginación entre Roberto y yo, a tal punto que se nos diera por los Hermanos Siameses de la Literatura.

Pero es el caso (*voici* la clave) que siempre se determinaban esas consustanciaciones psíquicas después de algunos cónclaves ínti-

mos en mi *garçonnière*, durante los cuales yo entonara alguna nueva creación artística, y en que lejos de ser simultáneas esas telepatías de asociacionismo, transcurría fatalmente un embarazo de dos o tres meses de parte d'il mio fratello.

Lo que hay en claro, señor Director, y lo que se adivina a través de las cuatro bombitas de jabón de nuestro querido Roberto, es el insomnio de Temístocles, la lividez de Caín, el antro de Job, la náusea verde de Leopardi, el dolor tétrico del vencido, el terrible dolor que roba el sueño y ante el cual me inclino acongojado de lacerante piedad.

¡Lloro, señor Director!

Julio Herrera y Reissig.

(LA DEMOCRACIA, año III, N° 422, Montevideo, abril 19 de 1906, pág. 2, cols. 4 y 5.)

III

El atentado contra la ONDA.

¡Reissig marital!

¡Merci Monsieur! Como dice el poeta del PAN contestando a mi reclamo con una caricia aduladora. No agregaré como él: ¡MIL FOIS MERCI! porque esa gatería no ha sido nunca francesa. Es una versión mimosa del castellano.

Es increíble que Samain no haya enseñado a Reissig a escribir correctamente el francés, habiéndole regalado todos sus versos.

Nótase que la lengua de la fineza, de la distinción que según Tailhade "posee la última vibración atómica de los cuerpos" no es para hablada por el hombre de las *patadas augustas*. El francés huye por instinto de una musa que come pan como los chiquitos y se solaza con *resuellos*.

¡Pretende Reissig que yo sigo sus huellas espirituales y literarias! Es como si mi espejo me acusara de imitarlo.

Entre los gestos que religiosamente refleja se halla el de mi evocación parisiense.

Reissig no se da cuenta de que yo al nacer dí mi primer vagido en griego y el otro en francés, comprendiendo que este último es el griego de la época; en una palabra, hice la traducción del vagido con el espíritu de discernimiento el cual hace que algunos poetas imperfectos de los cuales no gusto me declaren "un cometa" desorbitado...

Yo no puedo menos de agradecerles este resentimiento por mi crítica.

Reissig, si bien es cierto es un marido nato, está lejos de ser un parisiense de la misma categoría. Al contrario de mí, pretende hablar francés después de hallarse saturado de un español que en vano yo, su amparo intelectual, quise extraerle yodurándolo estéticamente, provocando su juicio a los afinamientos; tratando de empavesar su inteligencia, de hacerle posible la originalidad, llevándolo por el camino de la discreción al amor de las cosas bellas, mientras con don galano podaba su estilo de los excesos malignos, de los adjetivos que se parecían, que se parecen aún a cadáveres que lleva una corriente...

Reissig el empollado de mi benevolencia crítica, me da la impresión de una mascarita que delira hacerse pasar por Gautier y a la cual yo gran conocedor de disfrazados de Literatura contesto: Te conozco, tú eres el canario Reissig, descendiente de una de las siete familias famosas... tus antepasados, en su vida política, distinguieron como tú en el rapto. No me extraña pues que robes las piedras preciosas a los sueños de los verdaderos estetas.

Con el mismo candor que lo hace digno de ser comido a besos con que se disfraza de francés, pretendiendo apoderarse de la ciudad que yo luciera en la BOUTONNIERE, sueña opíparamente Reissig haber sido consagrado por las burbujas estrepitosas de mi champañe [sic] verbal!

Mi apóstata hace justicia a la importancia que representa mi elogio. Si él llora como dice en la despedida de su artículo, es porque como lo confiesa, doliente, en otra parte, "las manos que ayer le acariciaban hoy le castigan".

Yo no tengo ningún motivo para ocultar que mis elogios eran tan poco sinceros como los que él mismo, con coquetería felina, me prodigara.

Cuando yo, comprendí que mi discípulo no sería nunca un artista, que mi esfuerzo divagaba en vano frente a sus irreductibles metáforas semejantes a ídolos etíopes, desenfrené la ironía del diti-rambo, dejé a la admiración con los senos flojos.

En esto no hacía otra cosa que corresponder por una intuición misericordiosa al apóstata que después de ofrecerme solaces de adoración estética, bombones de cumplido, apenas yo me esfumaba después de concluir la tarea de corregirla se quedaba torciéndose de risa en compañía de su hermanito y de algún íntimo. La diferencia entre la risa de Reissig y la que él me inspira consiste en que las arrugas burlescas de Reissig eran como sus frases, sin sentido, mientras que mi risa es capaz de encontrar a oscuras los recovecos de las debilidades del que, como Vasseur, no halla tropiezo en

proclamarse divino. Hay otra diferencia, ésta consiste en que la risa de Reissig como él lo manifiesta en su enojo nos proporciona el espectáculo curioso de un fenómeno sísmico de la fisonomía —*que los labios se le junten con las orejas.*

En reconocimiento a lo inofensivo de sus ataques le remito un proyecto generoso que puede abrirle los brazos de la fortuna económica que tan débilmente le ha sonreído en su empleo en *La Prensa* donde era remunerado con doce pesos mensuales para cigarros.

He aquí la idea salvadora con que acaricio el corazón de Reissig que él tiene en el bolsillo. Que se exponga en una barraca, exhibiendo un fenómeno humano nunca visto. A este fin no tiene más que presentarse él mismo y reír entremezclando labios y orejas. La entrada: un real.

Reissig reía de que yo tenga un talento que algunos hombres me negarán, pero cierto ninguna mujer. Si Reissig lo duda no tiene más que interrogar a su amante la señorita de M. cuya admiración, bien lo sabe Reissig, es evidente por éste su compañero de tareas...

¿Reissig no considera que si hay un hombre en Montevideo de cuya testuz puede hablarse es él? Ataca para no ser atacado: es una táctica. No debe olvidar Reissig que yo soy algo esgrimista y conozco todos los secretos del arte de hablar y esconder el blanco.

La diferencia entre Reissig y yo ante la infidencia femenina consiste en que yo la he empollado en invernáculo, autorizado, glorificado, mientras él ha debido soportar contra toda su áspera voluntad que yo acaricie a la madre de su hija natural.

Los tiros de Reissig caen a mis pies como las balas sin alcance de los rusos que se hundían en las aguas sin inmutar a los inaccesibles navíos japoneses.

Yo no soy una víctima del Matrimonio como insinúa pobrementemente Reissig, el cual se halla perfectamente convencido de mi bello gesto. Soy su destructor. Ibsen dijo: "Yo pongo una bomba bajo el arca". Yo puse una bomba bajo el código la cual ha volado con gran dolor del escapulario bendito que Reissig lleva al cuello y besa antes de acostarse, cosa que no negará pues ha cumplido esa ceremonia en mi presencia.

A mis pies está la ley domada; esa ley que maniata a los infelices y deja las manos del superhombre Roberto lo bastante libres para que éstas ondulen en la única querida que ha logrado el satírico Reissig.

Roberto de las Carreras.

(Continuará.)

(LA TRIBUNA POPULAR, año XXVII, Nº 9231, Montevideo, abril 23 de 1906, pág. 2, cols. 4 y 5.)

IV

EL ROBO DEL DIAMANTE

Polémica de las Carreras-Reissig

En el deseo de evitar que se dilucidan por medio de la prensa las cuestiones de índole personal, solicitamos de nuestro ilustrado colaborador el señor Roberto de las Carreras la supresión de algunas asperezas contenidas en el tercer artículo de contestación a nuestro también ilustrado colaborador señor Julio Herrera y Reissig.

Entendiendo el señor de las Carreras que él ha sido provocado por su contrincante y obligado a descender a este terreno, no ha creído posible acceder a lo que de él solicitamos, retirando de nuestro poder los originales.

Lamentamos la determinación del señor de las Carreras, que priva a nuestros lectores, creemos que por el momento, de las producciones siempre originales del vigoroso estilista.

(LA TRIBUNA POPULAR, año XXVII, Nº 9232,
Montevideo, abril 24 de 1906, página 6,
col. 4.)

POLÉMICA EN TORNO
DE JULIO HERRERA Y REISSIG

I

Entre abril y junio de 1908 se desató una polémica en torno de Herrera y Reissig. Un motivo circunstancial —el viaje de Florencio Sánchez a Europa, pensionado por el gobierno— pretextó un artículo de Pablo de Grecia [César Miranda], bajo el provocativo título:

SI VA A EUROPA FLORENCIO SANCHEZ... ¿POR QUÉ
NO HA DE IR TAMBIÉN JULIO HERRERA Y REISSIG?

La idea que medita un grupo de legisladores de acordar un subsidio a nuestro compatriota Florencio Sánchez para que vaya a buscar inspiración y ambiente en lejanas riberas, hállola sabia, justa y hasta elegante. En esta época de utilitarismo mal comprendido, de desdén por todo lo que significa educación estética y manifestación artística, la iniciativa mencionada tiene que parecer extraordinaria y bella a todos los que aún no han desterrado los viejos ídolos y que, en la quietud de sus gabinetes de estudio, sueñan arte y gloria como en los mejores tiempos literarios.

Pero la laudable iniciativa peca de estricta. Florencio Sánchez no está solo en nuestro medio intelectual; es preciso no olvidar a ese excelso sonámbulo y lírico prodigioso, Julio Herrera y Reissig, que pule en la sombra y en los rigores de la difícil existencia, la maravilla de sus creaciones. Si va a Europa nuestro primer dramaturgo, justo es que vaya también nuestro primer poeta.

Julio Herrera y Reissig, obliga la admiración de propios y extraños por la vastedad de su talento, por la exquisitez de su numen, por su desinterés visionario de artífice fanático.

Julio Herrera y Reissig es nuestra mayor gloria literaria, su labor de cíclope y su constancia de hormiga, su habitual bonhomía, son condiciones excelsas que merecen el ditirambo ilimitado y la consideración ilimitada.

Es tiempo ya de que cesen las criminales indiferencias hacia esos divinos esforzados del verbo, hacia esos peregrinos de un ideal único, fanáticos de un evangelio superior que, distribuyendo a manos llenas el oro de sus creaciones, viven, no obstante, olvidados en la

necesidad de sus gabinetes de trabajo. Reos de su misma grandeza alumbran como las antorchas consumiendo su propia vida.

No es con la satisfacción que da la conciencia de una gloria póstuma, como se alienta en su obra a esos labradores del ideal —la historia está llena de doradas ironías—, sino inciensándolos en vida, sin cercenarles por ello su lote de inmortalidad.

PABLO DE GRECIA [César Miranda]

(*La Razón*, año XXX, Nº 8692, Montevideo, abril 7 de 1908, pág. 1, cols. 1 y 2.)

II

Dos días después se publicó, en el mismo periódico, la siguiente réplica:

UN FAUSTO QUE PUEDE SER FAUSTINO, CONTESTA A PABLO DE GRECIA. EL TEATRO Y LA POESÍA; LOS DRAMATURGOS Y LOS POETAS

Pablo de Grecia no ha meditado bien su insinuación literaria de ayer a pesar de vivir como Frollo, la vida de los gabinetes silenciosos y empolvados donde los sabios cristalizan sus ideas acodados sobre infolios milenarios.

Pablo de Grecia que llama *hasta elegante* el proyecto de Arena y Rodó pensionando a Florencio Sánchez, padece una lamentable equivocación al querer demostrar que si nuestro primer dramaturgo es acreedor al favor del gobierno, Julio Herrera y Reissig es igualmente digno de él. Y ahí está el error. Florencio Sánchez no es una esperanza del teatro nacional, no es un embrión de autor escénico; no señor, Sánchez no es una promesa, es una realidad, como escritor dramático. Él no va sino a confirmar sus triunfos americanos; a que se aplaudan sus obras de ayer, en tanto concibe las de mañana; a eso va Sánchez a Europa; a que se escuche su prosa, y se analicen sus ideas, en los mismos tablados que se interpreta a Bracco, Rovetta, Sardou, Bernstein, Rusiñol y Benavente, a beber en las fuentes donde han bebido los maestros la sabiduría de la vida; a extender sus pupilas escrutadoras por aquellos horizontes incommensurables que incitan a explorar el más allá, a psicologar los seres de allende los mares y leer en sus fisonomías, como en libros abiertos, las pasiones que les animan, ya bajas, viles y egoístas, ya elevadas, nobles y generosas. A eso va Sánchez, a buscar el alma de los personajes que en sus dramas expongan problemas de honda y tras-

cedental sociología, capaces de enseñar a la sociedad donde está el mal que se debe combatir y el bien que se debe premiar, única forma de preservarla de los vicios, y sustraerla a los prejuicios que la minan y la falsean. Y eso se adquiere estudiando, observando y cultivando aquellas sociedades extrañas a la nuestra por su ambiente, sus usos y costumbres, y Florencio va a observar, estudiar y proclamar la verdad sea cual fuere.

Aunque allí como aquí la vida se revela en toda su intensidad, es indudable que a los escritores que como Sánchez se dedican a escribir para el teatro, el conocimiento de aquellos países, aquellos escenarios mundanos, que traen aparejados nuevas emociones que sacuden violentamente el espíritu y la mente, les reporta grandes provechos y beneficios que luego redundarán en nuestra propia gloria.

Julio Herrera y Reissig no está en el mismo caso. Los dramaturgos son raros, aún los comediógrafos y hasta los sainetistas. Poetas como Reissig hay muchos. Los poetas se multiplican con más facilidad que los bíblicos panes de Cristo. Los hay buenos y malos, de toda clase y especie, pero no debe olvidar Pablo de Grecia que el poeta nace y no se hace. Con ir a Francia, Italia, Atenas y España, nadie se improvisa en Musset, Hugo, Stechetti, Leopardi, Anacreonte, Lope, ni Garcilaso, si no ha nacido para ello. Es cierto que Herrera y Reissig es poeta, pero tampoco se desconocerá que con fletarlo para Europa no producirá mejores ni peores versos que en Montevideo.

El poeta es un vidente, un iniciado, que percibe la belleza de la vida y de las cosas que los demás mortales no presienten. Y estas iluminaciones o videncias se experimentan bajo todos los cielos del Universo. La inspiración, como los ensueños, no tiene patria. Sánchez va a robustecer sus ideas y consolidar su criterio acerca del teatro moderno, muy poco explotado todavía, pero, ningún poeta podrá aprender en Europa, más rima, metrificacón, fondo, forma externa e interna, que los que puede saber en América, puesto que en todas partes rigen las mismas reglas en poesía. A estos caballeros del ideal —entre los que se cuenta el que suscribe— no les está vedado merecer la protección del gobierno para recorrer el mundo, pero no se haga recurso del caso de Florencio Sánchez que no puede servir de precedente. Como Reissig hay muchos que llevan una lira bajo el brazo y un Paraíso en el cerebro. Y antes que Reissig están Roxlo, Frugoni, Papini y Falco, que tienen más garra, más fibra y más estro.

FAUSTO

(*La Razón*, año XXX, Nº 8694, Montevideo, abril 9 de 1908, pág. 2, cols. 1 y 2.)

III

Casi un mes y medio más tarde, otro polemista, bajo el seudónimo de Sincero, pretendió rectificar a Fausto (o Faustino, como por error lo llama) al tiempo que inauguraba un nuevo enfoque sobre el discutido poeta.

JULIO HERRERA Y REISSIG SERÍA NUESTRO PRIMER POETA NACIONAL SI DESCENDIERA A LA VIDA

La poesía en los países incipientes de esta patria de América, como factor de progreso y como palanca en la cuesta de su evolución indefinida, juega un rol secundario entre otros que se agitan en la labor constante y afanosa de su organización social. Aquí, el literato profesional es la más vana de las superfluidades. Aquí más que en ninguna parte necesita identificarse por entero con la vida febril y prosaica de los días que transcurren. Debiera ser el labrador feliz que sudando sus gloriosos sudores sobre la tierra indócil de la vida, canta sus canciones de esperanza frente al misterio amigo de los horizontes! Debiera ser, no el solitario "que se consume como una antorcha" entre el tumulto de penumbras de una torre de marfil, sino el austero soldado de la vida, orgulloso de sus cicatrices y amigo de sus victorias y de sus derrotas...

Mas he aquí que en nuestro país, como en muchos otros, ha cundido la epidemia, terriblemente infecciosa, que se ha dado en llamar el "Turrieburnismo".

Turrieburnismo quiere decir, ante todo, desprecio a las cosas más serias y fundamentales.

Hablad a uno de esos exquisitos de algunas de nuestras cosas locales, habladles del estado social, económico o político de nuestro medio, habladles de nuestros problemas históricos o de nuestros ensueños de porvenir, indicadles algunas de nuestras honrosas figuras nacionales y les oiréis súbitamente exclamar en un dramático encomiamento de hombros: ¡qué país!... ¡qué chatura!...

(Y si aguzáis al punto la imaginación les sabréis impolutos, alejarse de la tierra con dos alas de armiño [sic] como huídos de tanta pedestre vulgaridad.)

Y es así que fracasan algunas intelectualidades de esta tierra y es a esto que se debe la poca consideración que merece a nuestra sociedad.

Porque en lugar de ser los obreros inteligentes en la obra de nuestro perfeccionamiento, son los críticos insensatos que a fuer de

inadaptables se encajan una Atenas, una Roma, o un París fantásticos dentro de la cabeza y luego le colocan delante de nuestra joven nacionalidad para reír con la torpeza que reiría el que viera un niño aniquilado en la lucha con un gigante...

Una breve polémica, suscitada hace días entre "Pablo de Grecia" y "Faustino", ambos colaboradores de *La Razón*, ha tenido la virtud de confirmar terminantemente la verdad de nuestras observaciones.

Julio Herrera y Reissig es en realidad el primer poeta del Uruguay y sin embargo "Faustino" no lo cree así. ¿Y acaso ignoráis que por boca de éste habla la casi totalidad de los compatriotas del poeta?

Sí; ya "Pablo de Grecia" lo ha expresado en su prosa finísima y vibrante como un cristal de baccarat: es lamentable el olvido que como un block de hielo oprime la invalorable personalidad intelectual de Herrera y Reissig. Todos le desconocen su mérito de incansable orfebre de magníficas orfebrerías ideales. Y en su bohardilla miserable de bohemio vive muriendo...

¿Por qué esa indiferencia de sus compatriotas para con el que reconocido un excelso poeta es admirado en todos los rincones de América donde se respire un poco de oxígeno de arte o de belleza?

¿Es que acaso vivimos en pleno campamento de charrúas?

¿Es que acaso pretendemos hacer eclipse de despechados sobre su personalidad única?

Y siendo así ¿hemos de exclamar al fin con el desdén del "impoluto aquel: ¡qué país!... ¡qué chatura! ?...

Ciertamente que no; nuestro país no es una toldería de charrúas ni se complacen sus hijos en anular "porque sí" sus relevantes intelectualidades.

No ya la lucha por la vida, sino la prudencia y hasta la buena educación, obligan al individuo, si no a aceptar, a respetar el medio en que vegeta por satisfacción íntima o por interés personal.

Julio Herrera y Reissig jugó al fantasma y llegó a serlo inesperadamente..

En las brillantes etapas de su carrera literaria si no se señalan desfallecimientos, se registran en cambio las huellas de sus excentricidades y de sus extravagancias.

Rióse de la sociedad de su país con el único fin de "épater les bourgeois", violentando a menudo las inclinaciones de su alma ingenua de niño por sugerencias extrañas a su temperamento...

Y cuando el país le reclamaba, sospechando en su hermosa juventud radiante el germen de una futura gloria nacional, se encastilló en el egoísmo de su torre.

Y cuando los adeptos de ésta se dispersaron por los mil surcos de la vida convencidos de la infecundidad de tanto esfuerzo cabe el marfil amable de la torre, él se resistió a formar en la falange audaz que sin abandonar sus tesoros interiores no vacilaba en confundir sus voces en el concierto formidable de las "trescientas ocas"!

Todos menos él se lanzaron hacia la realidad siempre fría, templando sus individuales en el yunque complejamente armonioso de la hora presente.

Lamentamos con "Pablo de Grecia" la hostilidad de sus compatriotas para con su poeta más intensamente lírico, más hondamente emotivo, más exquisitamente refinado, pero reconocemos sinceramente que es sólo él el culpable de tanta iniquidad.

Por esto cuando vimos a algún "Faustino" criticarle acerbamente y posponerle a Roxlo, a Papini, a Frugoni y a Falco, no nos extrañamos por ello, encontramos lógicas sus críticas, aunque concebidas en el círculo estrecho de un admirable sentido común, porque si cualquiera de los poetas mencionados no llega a la superioridad intelectual de Herrera posee en cambio otros atributos que lo hacen digno de los demás como luchadores afanosos en la contienda del mejoramiento humano.

Carlos Roxlo y Papini y Zás "han bajado a la vida" siempre que ésta ha tocado llamada con su clarín de hierro; ellos han sido unidades de una valiente falange juvenil que de retorno de los jardines del Ideal, entonaban el himno de nuestras grandezas cívicas, orgullosos de mostrar al mundo el libro sencillez pero grande de nuestro pasado y de señalar la estrella vaticinadora de nuestro porvenir!

No estuvieron con ellos las burlas infundadas ante el cúmulo de nuestras deficiencias pretéritas o de nuestros tanteos del presente, porque tuvieron la visión clara de nuestros destinos y por caminos diferentes ambos soñaron llegar a la misma Meca en un ensueño de grandeza futura...

Lejos de Emilio Frugoni y de Angel Falco la epidemia de la misantropía y el vicio del retraimiento individual.

Ellos a pesar de ser dos finos imaginativos, no titubearon cuando fué necesario descender al arroyo de las miserias sociales, rimando sueños de generosas reivindicaciones, y señalando jubilosos la alborada entrevista en medio a la niebla de un futuro prometedor!

Y ello fué que los unos como los otros al ser justamente admirados merecieron ser respetados con el respeto que provocan los caracteres fuertes y las fuertes voluntades... Fueron soldados de la Vida a la vez que soldados del Ideal.

No así Julio Herrera y Reissig...

Sólo entonces desaparecerían la injusticia de aquel olvido y el desaliento de su vida musulmana...

Mezclados a la agitación cotidiana y abandonando su espíritu —flor de los más tibios invernáculos—, a los vientos inclementes de la vida...

"Viviendo tanto como sueña".

¡La Vida reclama al poeta de los paraísos de Mahoma!

¡Que vaya a ella, pues, Herrera y Reissig y sólo entonces todos le sabrán "el primer poeta del Uruguay"!

SINCERO

(*La Razón*, año XXX, Nº 8729, Montevideo, mayo 22 de 1908, pág. 1, cols. 4-6.)

IV

El 30 de mayo de 1908, bajo el título de Nadie ha negado a Herrera y Reissig, aclara Fausto el equívoco sobre su seudónimo, resume su posición, se manifiesta de acuerdo con Sincero en que Reissig "es su propia víctima" (quiere decir: es víctima de sí mismo) y afirma:

Julio Herrera y Reissig ha llevado una existencia de espiritualización eterna, de idealidad inacabable, consagrando su vida a loar las iridiscencias de la luz; las violáceas tonalidades de unas ojerás; el escintilar de las estrellas de la zafírica donde la luna se muestra como una medalla de plata bruñida; el gris mayor de las tristezas invernales; el tenue glauco de las melancolías de otoño. Nunca ha cantado al valor y la fuerza desplegados como estandarte de guerra; nunca ha cincelado una estrofa de bronce a la libertad; nunca ha puesto su pensamiento al servicio de la sociedad que espera del talento el consejo sano y fuerte que le indique el camino que ha de llevarle al grado de perfección y progreso a que aspiran las clases civilizadas; nunca ha elevado un himno a los inauditos alumbramientos de la naturaleza, ni a las fecundidades de la tierra en concubinato con el sol.

V

Unos veinte días más tarde (el 19 de junio) Aulo Gelio, "lírico ignorado", según se le califica desde los titulares del periódico, interviene preguntando: El solitario de la "Torre de los Panoramas" por qué no desciende a la arena. Su argumentación parafrasea, involuntariamente, la conocida, y citada, frase de Valéry (Je disais quelquefois a Stéphane Mallarmé... Variété III):

Háblase de Julio Herrera y Reissig. Unos le aman; ámanle los que le conocen y comprenden. Otros le discuten. Aquellos le niegan. (*Ni siquiera falta el "jeune homme secret":*)

Apenas uno, retraído en el silencio, en el fecundo silencio, háblase a sí mismo del talento incomprensido y balbucea en su mundo interior: ¿Un poeta? Julio Herrera y Reissig... todo un poeta...

Aulo Gelio *justifica luego el aislamiento del poeta (justifica incluso lo que él llama "el hada morfina") y concluye:*

Julio Herrera y Reissig no desciende de la Torre; dejémosle vivir la vida de las emociones. Es un poeta. No le juzguéis con el sentido práctico vulgar...

VI

La polémica se cierra con palabras de Pablo de Grecia: "La Torre" ha preparado el porvenir literario de la República (23 de junio). Después de hacer, con tono nostálgico, la historia del cenáculo (desaparecido a la muerte de Manuel Herrera y Obes, en 1907), afirma el cronista que hay que salvar el recuerdo de la Torre, menciona la obra, virtualmente inédita de sus integrantes (Pablo Minelli, López Rocha, Illa Moreno, Vidal Belo, Lereña Joanicó, Picón Olaondo, son evocados) y termina con estas frases de desafío:

A Julio Herrera y Reissig, el Pontífice de la Torre, el solitario como se ha dado en llamarle, el encantador de serpientes que gusta envolverse en su imperial púrpura y dialogar con los cisnes, el alucinado a quien la Muerte hablara en voz baja y a quien la Vida sonríe como a un hermano; a Julio Herrera y Reissig, el más grande de los poetas del Uruguay, pese a los que no pueden comprenderle, no le ha sido dado publicar un solo libro de poesías, teniendo material inédito para colmar una biblioteca.

Consecuencia de todo ello es que se ignore el valor de la obra del Cenáculo. El público ha mirado su interior por el ojo de la cerradura, como quien dice. El día que se conozca todo el tesoro acumulado, el respetable rebaño quedará mudo de asombro.

La Torre es acaso ejemplo único en América, de solidaridad, de amor y de desinterés. Su tarea de propaganda finalizó victoriosamente. La higienización literaria del ambiente, el aniquilamiento de falsos ídolos, el derrumbe de una superstición retardataria, la fustigación de los mercaderes del templo, ha sido labor exclusivamente suya.

Pero no es su máxima gloria; su gloria más pura "que resistirá la marea del olvido", es el haber preparado el porvenir literario de la República.